

pero bien claro dió á entender á la reina que esos ultraliberales no se proponían ménos que la destrucción de la monarquía, junto con la muerte de la familia real.

Habia prestado María Antonieta la mayor atención al elocuente y breve discurso del conde, sin apartar un punto sus grandes y expresivos ojos del rostro del orador, lo que parece fué parte muy principal á encender nueva esperanza en su pecho descreído.

—Todo aun puede tener un buen resultado, dijo él. Ya buscaremos medio de contrabalañar las fuerzas que tratan de socavar los cimientos del trono, lo mismo que arrancar de manos de sus enemigos las peligrosas armas de que hacen uso. Como he dicho á Lafayette, combatiré todas especies de facciones. Haré ver que soy de hoy en mas el firme é inquebrantable defensor de la monarquía constitucional. Emplearé aquellos medios que mueven el ánimo de los hombres y les haré ver, que no son incompatibles la libertad y el gobierno de uno mismo, con la monarquía, sino que en esta descansan aquellos.

—Así, pues, dijo María Antonieta en tono casi de súplica ¿podemos contar con Mirabeau? Estais dispuesto á defendernos y ayudarnos, con sus consejos y con su persona?

A la mirada inquisitiva y ansiosa de la reina correspondió Mirabeau con una cordial sonrisa y una expresión de noble confianza.

—“Señora, dijo luego en su tono de voz vibrante, defendí los principios monárquicos cuando solo conocia su lado débil é ignoraba los altos pensamientos que se encerraban en el alma de la hija de María Teresa, cuando no contaba que tendria uno que secundase tan bien mis miras. Abogué por los derechos del trono cuando se desconfiaba de mí, cuando me perseguían con calumnias, cuando se me declaraba traidor. Serví á la monarquía, en fin, cuando sabia que no recibiria ni bondad ni favor, de mi legítimo, aunque mal informado rey. ¿Qué no haré ahora que la confianza anima mi espíritu y que la gratitud ha querido que mis deberes corran por el mismo cauce que mis principios? Soy por tanto y permaneceré en ser lo que siempre he sido, el defensor de la monarquía regida por la ley, el apóstol de la libertad garantizada por la monarquía.”

—Os creo, conde; exclamó María Antonieta conmovida. Me prometo, que si nos servís con fidelidad y celo, aun todo puede resultar en bien. Os prometo seguir vuestros consejos y obrar de acuerdo con ellos. Si os poneis en comunicacion con el rey, él os consultará sobre los asuntos importantes y las cosas esenciales á su bienestar y al del pueblo.

—“Señora, dijo Mirabeau, me tomo la libertad de añadir lo siguiente á lo que he dicho: Lo mas importante es que la corte salga de París por algun tiempo.”

—¿Que huyamos? preguntó María Antonieta asustada.

—No que huya, sino que se retire. El pueblo exasperado amenaza la monarquía, de su vista es en consecuencia conveniente ocultar la corona por un corto tiempo, hasta que éntre en la razon y la línea del deber. No digo, por lo tanto, que es menester huir, sino meramente abandonar á París, porque este es el foco de la revolucion. Tan pronto como sea posible,

aléjese la corte á los confines de la Francia. Que reuna allí un ejército, que lo ponga á las órdenes de un general de confianza y que con él marche á la sediciosa capital. Yo estaré allí para allanar el camino y abrir las puertas.

—Gracias, conde, gracias por el consejo; exclamó María Antonieta poniéndose en pié. Ya no me cabe duda hacia el futuro, porque mis pensamientos coinciden con los de nuestros mas grandes estadistas. Tambien yo estoy convencida que la corte debe salir de París, que debe retirarse, á fin de evitar nuevas humillaciones, volviendo solo con el esplendor de su poder y un ejército que ponga en fuga á los rebeldes y anime á los tímidos y leales. Ah! Decid al rey todo lo que me habeis dicho á mí, probadle que la única salvacion de la corona y del mismo pueblo, estriba en nuestra lejanía de París. No dudo que vuestras palabras convencen al mas noble y bueno de los monarcas, ni que él deje de seguir vuestros consejos. A la obra, pues, conde. Ante vuestra actividad y vuestra inimitable elocuencia, será fuerza que toda oposicion doble la cerviz, y podeis contar eternamente con mi gratitud y la del rey. Adios! Espero que tendreis presente que mis ojos seguirán todos vuestros pasos y que mis oídos recogerán toda palabra que salga de vuestros labios en la Asamblea Nacional.

—Señora, dijo Mirabeau, cuando vuestra augusta madre se dignaba favorecer á uno de sus vasallos concediéndole una audiencia, nunca le despedía sin darle á besar la mano.

—Ciertamente, repuso María Antonieta con una amable sonrisa. En esto, al ménos, puedo imitar á mi célebre madre.

Diciendo lo cual la reina le extendió la mano con gracia inimitable. Mirabeau, arrebatado de gozo, fuera de sí á la vista de esta muestra de cortesía y de favor, se puso de rodillas y se llevó á los labios la blanca y delicada mano de la reina.

—“Señora, exclamó con mucho calor, este beso salva la monarquía;” fanfarronada propia de un gascon.

—Si habeis dicho la verdad, me prometo que sí; dijo la reina alzando á Mirabeau y despidiéndole con una inclinacion de cabeza.

El famoso tribuno en el colmo de la dicha, fué á reuairse con su sobrino en la puerta del parque.

—“Ah! le dijo respirando con fuerza y poniéndole la mano derecha en el hombro. ¿Qué he oido y visto, amigo mio! Ella es muy grande, muy noble y muy desgraciada! Pero, añadió con energía, la salvaré, sí, la salvaré.”

Decia Mirabeau lo que sentía, no porque hubiese sido complotado, sino porque le habia ganado, arrastrándole, el noble porte de la reina. Desde ese momento se hizo el mas celoso defensor de la monarquía, el elocuente campeón de María Antonieta. Pero no le fué dado detener las impetuosas olas de la revolucion, la muerte únicamente le salvó de ser anegado por ellas.

Sabia muy bien Mirabeau el peligro de su posicion, no hacia misterio de ello. Un dia en que antes de su apostasia; habló por la primera vez en pro de la monarquía y de las prerogativas reales, tratando de decirse la cuestion de paz y guerra, hizo el elogio del rey, y fué eso bastante para que se alzase contra él la

mitad de la Asamblea Nacional. No le intimidaron por cierto la gritería de los Jacobinos, ni la acusacion de traicion que le hizo el pueblo, ni el llamarle Catilina, el maldecirle y declararle cómplice de Orleans. A esta tempestad opuso una obra maestra de elocuencia, concluyendo por aquella salida suya célebre: “No tenia yo necesidad de esta leccion para saber cuán poco dista el Capitolio de la roca Tarpeya.”

No se escondia á los caudillos del partido republicano el poder de Mirabeau, comprendiendo todos que era muy capaz de armar los fragmentos de la corona que habia contribuido á hacer pedazos. Y para impedir que se saliera con el intento, conocieron que era preciso apultarle bajo dichos escombros.

Despues de su memorabile entrevista con la reina, empezó á declinar la salud de Mirabeau. Decian sus enemigos que procedia de sus excesos y de haber bebido un vaso de agua fria en medio de un acalorado debate en la Asamblea Nacional. Sus amigos sospechaban que se habia mezclado veneno sutil en esa agua, con el fin de deshacerse de tan poderoso contrario. Séase de esto lo que se fuere, la verdad es que despues de un dia de lucha parlamentaria y de una noche pasada en desórdenes, se sintió acometido de la enfermedad postrera. Desmayóse en la tribuna y le trasportaron á su casa sin conocimiento. Tras largos y repetidos esfuerzos de parte de su célebre médico Cabanis, abrió Mirabeau los ojos.

Vió acercarse sin temor el término de su vida, mientras toda la Francia se conmovia al saber el riesgo en que se hallaba aquel hombre, no porque fuese amado, sino porque se le creia necesario. En París no se hacia mas que una pregunta: ¿cómo sigue Mirabeau? Por mañana y tarde su calle, el patio, las escaleras, las anteceras de la casa estaban llenas de gente; algunos pasaban allí la noche, otros ofrecian su propia sangre para intentar la transfusion; y todos en el silencio del respeto y del terror aguardaban noticias.

Luis XVI mostraba por él algun interes en público y muchísimo en particular: con ir á verlo habria podido aun ganar un dia de favor popular; pero no lo consentia la etiqueta. Con razon pudo decir Mirabeau: “llevo conmigo el luto de la monarquía,” y consolarse con la visita de Barnave enviado por los Jacobinos, y con oír el rumor de todo el pueblo que esperaba noticias suyas.

Sintiendo aproximarse su última hora hizo llamar á su médico Cabanis y á su amigo el conde de La Mark. A este último tendió la mano y estrechando la suya, le dijo: “Querido amigo, vos que entendeis de hermosas muertes, ¿estais contento?” A tales palabras el conde, aunque por naturaleza frío, no pudo contener las lágrimas. Lo notó Mirabeau y le dijo cosas afectuosísimas. Luego hablando con los dos, añadió en tono de voz suave y distinto: —“Amigos míos, voy á morir. Cuando se llega á este trance, solo queda una cosa que hacer: que le perfumen, le acicalen y le rodeen á uno de flores, á fin de caer agradablemente dormido en brazos de ese sueño de que no se despierta jamas. Llamad mis criados, quiero que me afeiten, me vistan y me arreglen como se debe. Abrid las ventanas, dejad que

entre el aire caliente del cielo y traed las flores, que quiero morir á la luz del almo sol y en una atmósfera perfumada.”

Así sucedió que en el cuarto dia de atroces padecimientos y larga agonía, mucho ántes de que las calles de París empezasen á dar señales de vida, se oyó un grito en ellas: ¡Mirabeau pide flores! Flores para Mirabeau! Y á su eco, en la mañana del 2 de abril de 1791, París despertó de su sueño, y se abrieron las ventanas y las puertas de la ciudad y miles de personas de todos sexos y edades, acudieron á casa del orador moribundo con fragantes ramilletes y cestos atestados de bellas flores. No parecia sino que de repente la fria y vaporosa temperatura de primavera, se habia transformado en la caliente y diáfana de verano, y que todos los invernaderos de París habian vertido sus tesoros florales á los piés del gladiador de la palabra que decia el último adios al César de aquellos dias, el pueblo Frances.

El rey acostumbraba inquirir por la salud de Mirabeau cuatro veces al dia, y cuando en la mañana del 2 de abril le comunicó la nueva de su muerte el conde de La Mark, se puso pálido y dijo con tristeza;—¡Es mucho nuestro infortunio! Hasta la muerte conspira contra nosotros.

Tambien produjo honda impresion la triste nueva en María Antonieta, la cual dijo:—El queria salvarnos y tenia por lo tanto que morir. Demasiado pesada la carga fuerza era que bajo el peso cediese la columna. Se desplomará el templo y nos enterrará en sus ruinas, si no procuramos ponernos en salvo. Sí, es preciso seguir el consejo de Mirabeau y alejarnos cuanto ántes de París. Que su espíritu ilumine al rey á fin de que haga lo que se juzga necesario, urgente, nuestra lejanía del foco de la revolucion.

## CAPÍTULO XVIII

### REVOLUCION EN EL TEATRO.

NUOVA conmocion, grandes temores y espantable tumulto, reinaban en París el 20 de junio de 1791. Se habian desatado las furias de la revolucion, es decir, las verduleras en compañía de la hez del pueblo recorrían las calles como locos, llenaban las plazas y no cesaban de gritar y lanzar horribles maldiciones contra el rey y la reina, ya convertida para la canalla en madama Veto, la perra de la Austriaca.

La Guardia Nacional en grandes columnas, guardaba los apaches del real palacio de las Tullerías, y con harto trabajo impedia que el pueblo llenara la gran plaza y obstruyera el paso, que debia dejarse franco para que por él pudiesen volver á la régia morada de sus mayores, el rey, la reina, el delfin, el aya de este y la hermana de aquel, detenidos en su fuga de París.

Habia diputado la Asamblea Nacional al general Lafayette, para ir á Varennes con dos regimientos y escoltar la corte en su vuelta forzada á la capital del reino. El hecho era muy notable para no excitar la curiosidad pública á su mas alto punto. Puede decirse pues, que toda la poblacion, amigos y enemigos de la monarquía, concurrieron desde bien temprano á observar la vuelta de los presos reales y tomar parte en aquella verdadera procesion fúnebre.

Porque no cabe duda sino que en ese día se celebraron los funerales de la monarquía en Francia, no faltando á la ceremonia ninguno de sus atributos cotidianos, el pesado y melancólico carruaje rodando silencioso y solitario por en medio de dos filas interminables de tropas y pueblo en direccion de las Tullerías, las descargas repetidas de cañon y los dobles de las campanas.

En dicho carruaje venían el rey y la reina, los infantes, la infanta madama Isabel, madama Tourzel, la aya del delfin, y los dos diputados despachados por la Asamblea Nacional á Varennes, Petion y Barnave, para acompañar á los fugitivos en su vuelta á París.

En todos los techos y ventanas ondeaba la bandera tricolor, y en muchas paredes se habian pegado carteles, donde se decia con grandes letras negras:—Todo el que aplauda al rey será desollado, quien quiera que le insulte colgado de la primer farola.

Ayudados del general Bouillé, habian acordado y llevado á cabo los reyes su salida secreta de París; pero los reconocen y los detienen en Varennes. Ahora volvian, no ya como los amos, sino como los prisioneros de la nacion Francesa. Habia aprobado la Asamblea Nacional un decreto, cuyo primer artículo era como sigue: Se priva al rey temporalmente de las funciones de la soberanía. En el segundo y tercero se mandaba: Que tan luego como él y su familia volviesen á las Tullerías, se le pusiera bajo la vigilancia de una guardia permanente, lo mismo que la reina y el delfin. El comandante en jefe de la Guardia Nacional de París debia atender al estricto cumplimiento de este decreto y ser responsable de la seguridad y detencion de la familia real.

Dias tristes, amargos, de humillacion, de sufrimientos y de peligros, se siguieron entónces á los presos de las Tullerías. Además del encierro, les pusieron centinelas de vista, con prohibicion de que cerraran dia y noche las puertas de los aposentos en que vivian, á fin de que el oficial de guardia pudiese ver á cualquier hora sus menores movimientos.

Durante la primer semana de la triste vuelta, no pareció sino que habia flaqueado del todo el espíritu de la reina. Ni esperanza, ni temor abrigaba, no formaba nuevos planes para escapar, no trabajaba, no escribia. Sentada é inmóvil, triste y cabizbaja, se pasaba horas enteras, mientras giraban por delante de sus ojos los lúgubres cuadros de lo pasado y le hacian sentir nuevas angustias y recelos. Recordaba la agitacion y la ansiedad del dia que precedió al de la fuga, el temblor que le acometió cuando se puso las ropas de una de sus camareras y disfrazó de mujer al delfin; con cuyo motivo este le preguntó:—Mamá, vamos á representar! En seguida el verse sola en la calle, esperando, sin proteccion ni ayuda, por el carruaje que debia recogerla á ella, despues de recoger en otro punto al rey y á los dos niños.

Recordaba igualmente el viaje por la noche y el calor en el carruaje cerrado y pesado; la alarma repentina cuando despues de doce horas seguidas de andar, se rompió aquel y hubo que apearse, que subir la colina y bajar á la aldea, donde esperaron, llenos de zozobra,

la reparacion de la avería. Despues venia la continuacion del viaje, la nueva demora en Varennes, el grito de: ¡Ellos son! Tras esto se renovaban en su mente, el vocerío, la confusion, la marcha, la ansiedad de las horas que se siguieron y finalmente el desvanecimiento del último rayo de esperanza cuando, en la pobre alcoba del tendero Sauce, rogo encarecidamente á la mujer de este, que se hallaba de pié junto á la cama del delfin dormido, buscara un rincon donde pudiera esconderse el rey. Volvian á resonar en sus oidos las broncas palabras de aquella grave mujer:—Señora, no es posible. Yo amo tambien á mi marido y tengo tambien hijos, y perderia los míos si salvara los de V.

Representábasele á lo vivo la llegada á París, entre los diputados que la Asamblea Nacional despachó en su busca y las tropas que escoltaban el coche, é impidieron que la plebe los hiciera pedazos. Veía los gorros colorados de la multitud frenética, las banderas tricolores que coronaban todos los edificios, las miradas torbas que les echaban las mujeres del bajo pueblo, el aspecto grave de las gentes, de mas elevada esfera, el movimiento general, el doble de las campanas y el sordo rumor que hacian el coche y la escolta en las calles de París. Tras largo y hondo meditar sobre todas estas cosas acababa la reina por estremecerse de piés á cabeza y verter copiosas lágrimas.

Por grados, sin embargo, fué serenándose y pudiera añadirse, acostumbrándose á las humillaciones y pruebas á que la sometieron sus enemigos. Mas no por eso se abatió su espíritu. Los nuevos golpes no hicieron otra cosa que despertar en su pecho el fuego y el vigor de dias apacibles.

Desempeñaban la guardia en los aposentos de los soberanos los jefes de batallon de tropas voluntarias. La consigna de estos era vigilar á aquellos constantemente y no dejarlos solos nunca. Para ello no debia cerrar la puerta de su alcoba, y permitir que el oficial de guardia se sentase en la antesala contigua, desde donde se registraba hasta el último rincón de aquella. Sus crueles perseguidores querian cerciorarse si dormia ó se estaba despierta, si sus sueños eran apacibles ó interrumpidos y tormentosos. “La reina se sometió sin chistar á todos estos ultrajes y se rebajó hasta rogar que al menos por la mañana, cuando se levantaba y se vestia, le permitiesen cerrar la puerta de su dormitorio, súplica que tuvieron la magnanimidad de concederle.”

En medio de todos estos ultrajes, humillaciones y pruebas, no perdió jamas la esperanza Maria Antonieta de que las cosas cambiarían tarde que temprano. Su espíritu soberbio y altivo, le hacia esperar que con el favor de Dios y su constancia, al fin saldria victoriosa la monarquía de aquella lucha cruda y desigual. Prometiase que el pueblo, extraviado por los Jacobinos demagogos, reconoceria al cabo su error, daria de nuevo oídos á la voz de sus soberanos y volveria al amor y respeto de antes. De esta creencia nacia que ella se afanaba en mostrar que no temia al pueblo; que sentia por él bien al contrario, confianza y cariño, y que no estaba distante el dia de la reconciliacion entre los buenos vasallos y los justicieros soberanos. Con tal objeto á la mira se propo-

so conquistar la popularidad que ántes gozaba, por lo ménos intentar la conquista. Ahogó sus pesares, prodigó sus sonrisas, y determinó presentarse de nuevo en el teatro y pasear por las calles de París en carretela abierta.

Se representaba entónces la célebre ópera de Gluck, Alceste, la favorita de la reina, aquella misma ópera en cuya representacion, algunos años ántes, sin ser su autora, habia ella obtenido un halagüeño triunfo. El estribillo del coro rezaba:—Cantemos, celebremos nuestra reina; y el público en masa, puesto en pié y vuelto hácia el régio palco, acompañó á los cantantes repitiendo: Cantemos, celebremos nuestra reina.

—Pienso probar si el público recuerda esa noche ó no, dijo Maria Antonieta á la señorita Bugois, la única señora que le permitieron la acompañase. Iré esta noche á la ópera y verá el pueblo al ménos que yo no le he retirado mi confianza, y que soy la misma de siempre por mas que en torno de mi todo haya cambiado.

Con profunda tristeza miró la señorita Bugois á la cara pálida de la reina, y notando cuán alterada estaba y cuán distinta de lo que fué en mejores dias, no pudo ménos de enternecerse. No habia podido impedir Maria Antonieta, que el tiempo, los pesares y las desgracias, dejasen impresa su huella en un rostro jóven todavia y de sin igual belleza, es cierto, pero ya no era lo que habia sido cinco años ántes.

Sin ser poderosa á contener sus lágrimas la señorita Bugois volvió la cabeza á otra parte, para que la reina no notase el efecto que le habian causado sus palabras. Pero de nada valió el ardid, porque si Maria Antonieta no vió las lágrimas de su camarera, comprendió por su accion, lo que pasaba en su ánimo, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo con cariño:

—“¡Ah! Inútil es, amiga mia, que ocultes el llanto. Tú eres al fin mas dichosa que yo, pues puedes llorar. Hace dos años casi que mis lágrimas corren en silencio y he tenido que bebérmelas!” Ten por seguro, sin embargo, continuó, que no lloraré esta noche. Me presentaré á los Parisienses al ménos serena. Todavía mas, haré por sonreirme en su presencia. Me odian, es cierto, mas quizas recuerden que en otro tiempo me amaron. Hay siempre un fondo de magnanimidad en el ánimo del pueblo y no será mucho que la despierte la confianza con que me le presento. Aderézame pronto, Bugois, quiero parecer linda esta noche, y que vean los Parisienses que soy digna aun de su cariño. No es posible que solo mis enemigos ocupen el teatro; ahí habrá algunos de mis amigos que sin duda se alegrarán de verme.

Bien pronto se expació en París la noticia de que la reina asistiria aquella noche al teatro. El oficial de guardia se la comunicó al que fué á relevarlo, este á sus tropas, y las que salian á cuantos encontraban por la calle, de manera que, como por telégrafo eléctrico, á la sazón no inventado, á las diez de la mañana ya todo París sabia la novedad. Por razones obvias, desde muy temprano se formó larga cola á las puertas del teatro de la ópera y no bien se abrieron las puertas se llenaron todas las localidades. Los amigos de la reina, deseosos de verla despues de tantas desgracias como

habian llovido sobre su cabeza, acudieron en número respetable; sus enemigos, en número mayor, para tener una nueva ocasion en que desfogar su ira contra ella.

Y estos como se vió luego, no solo se distribuyeron por todas partes de la casa, sino que escogieron los mejores puestos, ocupandolos sillones de terciopelo carmesi, en que ántes se habian sentado solamente los aduladores de la corte, las señoras y caballeros de la mas alta aristocracia. En vano los ojos del público buscaron á la princesa de Lamballe, en el palco donde ella acostumbraba sentarse; porque en vez de su bello rostro, asomaba allí la enmarañada cabeza un hombre de pequeño cuerpo y sinestra catadura, que de codos en la baranda paseaba los ojos por la bullente masa del patio. Este hombre era Marat, el veterinario en otro tiempo del conde de Artois, hoy el idolo de los furibundos Jacobinos, y por antonomasia el amigo del pueblo.

Se hallaban tambien, á la sazón en el teatro, el gigantesco Santerre, el gárrulo zapatero Simon, Jourdan Cortacebezas y varios otros caudillos de los clubs y del partido exaltado de la Asamblea Nacional. Todos ellos se habian puesto de acuerdo y se hallaban á las órdenes de Marat, quien debia darles la señal de aplaudir ó silbar.

A la hora de comenzar la representacion, esta comenzó aunque no habia llegado la reina, no atreviéndose el empresario á esperar siquiera unos minutos, segun se hacia anteriormente.

Levantó el director la *batuta* y rompió la orquesta con la obertura, en medio del mas profundo silencio, no pareciendo sino que el auditorio se habia vuelto todo oidos para saborear el noble ritmo con que Gluck abre su ópera de Alceste.

Mas de imprevisto se exparcio un rumor sordo y contenido por lunetas, corredores, palcos y cazuela; y las caras de los espectadores, que al principio eslaban vueltas hácia el tablado, se tornaron todas hácia el palco real. Y por un instante tal pareció que habian olvidado la música, que no habian advertido la conclusion de la obertura, ni notado la subida del telon. Era que por entre el ruido de los trombones, violines y clarinetes, el público habia oido el rechinar de una puerta de palco, sentido la entrada de algunos funcionarios, y visto por fin de pié, junto á la baranda, la arrogante presencia de la reina Maria Antonieta, y tras ella la señorita Bugois.

No obstante que la esperaba el público, su presencia causó sorpresa y sin quererlo todos los ojos se fijaron en ella, todas las miradas quisieron leer lo que pasaba bajo aquel semblante sereno y aquel agitado pecho.

Sintiendo Maria Antonieta eso casi materialmente, reflejó en sus pálidas mejillas la llamada de una sonrisa, como se refleja en un monte oscuro el último rayo de luz de una tarde de verano. Y con esta sonrisa todavia en sus labios y elarrebol de la vergüenza en su frente, inclinó Maria Antonieta la cabeza y saludó.

Este momento parece que aguardaba el suspenso auditorio, porque al punto, como el estallido de una arma de fuego, resonó en todos los ámbitos de la casa: ¡Viva la reina!; acompañado este grito de palmadas y exclamaciones de admiracion y contento.

—¡ Ah! No me engañaba el corazón, dijo María Antonieta al oírlo de su camarera. Todavía me aman los buenos Parisienses; me tienen cariño, se acuerdan de mí, no se ha apagado el fuego de la lealtad en sus pechos.

Diciendo lo cual tornó ella á saludar y á dar las gracias con un movimiento expresivo de la mano derecha, por cuya razón volvieron á resonar los vivas y los aplausos.

Marat entre tanto se retorcia en su asiento, como una serpiente herida, y sus ojicos de hiena ya se clavaban en la airosa reina, ya recorrian las cabezas de sus satélites en el patio y palcos, y ellos le devolvían miradas de inteligencia. Al cabo, Santerre y Simon, que actuaban sin duda alguna como subagentes, hicieron señas para una fila de hombres de rudo semblante y toscos trajes, y al punto los vivas y aplausos quedaron ahogados bajo la gritería burlesca de centenares de voces avinagradas, silbidos agudos, ruidos sacrajados y juramentos atroces.

—Bien va la cosa! exclamó Marat frotándose las manos de gozo.

Mientras mas aplaudían los realistas, mas chillaban y silbaban los descamisados y mas fuertemente se frotaba las manos su irracional jefe. Al fin una buena parte del auditorio empezó á pedir á los actores el coro de que hablaban arriba, repitiendo muchas voces las palabras.— Cantemos, celebremos nuestra reina.

Ya esto era demasiado en concepto de los revoltosos, y Santerre, con su voz tonante, dijo:

—No, que no se cante eso,

—No queremos coro de chicharras; gritó Simon.

Y estas palabras resonaron en todos los ángulos del teatro, cual pedrisco en un techo de tablas, como que ellas eran las que mejor expresaban la repugnancia que el bajo pueblo siente por todo lo bueno y delicado en las artes bellas. Creció el tumulto fuera de toda ponderación, y por instantes fué mucho de temerse que se vinieran á las manos, los que pedían se cantase el coro, y los que ya se desmandaban hasta decir de voz en cuello, que no querían música en que se celebraban las reinas.

—¡ Ah! exclamó María Antonieta al contemplar aquella escandalosa escena, ¿por qué vine yo al teatro?

Se reclinó en la silla y se cubrió la cara con el pañuelo.

Tal vez porque los realistas notaron la agitación y el disgusto de la reina y compadecidas abandonaron su pretension; tal vez porque ya estaba satisfecho Marat y dió orden para que cesara el alboroto; la verdad es, que casi de repente no se oyeron mas vivas á la reina ni peticiones del coro, como tampoco los silbidos penetrantes, los noes y los juramentos de la plebe soez y ensobrecida.

—Esta es la primera escaramuza, dijo Marat arrellanándose en el sillón. Oigamos ahora la música y veamos las muchachas bonitas.

En efecto, empezó la ópera. Aprovechándose el director de aquel intervalo de calma, hizo señas á los cantantes en las tablas y estos obedieron sin demora. El público, cansado quizás del ruido y del desorden, guardó silencio y tomó en la apariencia un vivo interés en el desarrollo del drama, y en la suave música.

Naturalmente María Antonieta creyó entonces que todo había pasado ya, respiró con mas

libertad, se le animó el semblante y por largo rato su imaginación, en alas de las dulces melodías del maestro de su juventud, el gran Gluck, se transportó á otros lugares y otros tiempos, distantes aquellos y distintos estos, de cuanto le pasaba y la rodeaba en aquel instante. Continuando en su posición reclinada, con los ojos bajos, en una especie de sueño, se dejó mecer por las suaves armonías de la música y del canto. De dormir á soñar no hay gran distancia: soñó pues, María Antonieta que estaba en el palacio de Schonbrunn; que veía á su maestro Gluck entrar en el cuarto azul, donde ella se hallaba con sus hermanas esperándole; que luego aparecía su madre, la célebre María Teresa, solo para dar al maestro una prueba de la estimación en que le tenía la corte de Austria, anunciándole que su discípula María Antonieta acababa de contraer nupcias con el delfín de Francia y que pronto se despediría de él, y entraría en nueva y brillante carrera.

De este sueño la despertó un zumbido que se elevó del patio del coliseo. Enderezóse ella, y se inclinó hacia adelante para cerciorarse, si era posible, de qué procedía aquel rumor sordo. No tuvo mucho que inquirir. Se hallaba en las tablas el favorit o tenor Clairval, quien, con su voz llena y flexible acababa de dar las primeras notas de la gran aria en que los amigos acuden á consolar á la apesurada y llorosa reina Alceste, protestándole su amor y fidelidad. Cuando María Antonieta le echó una mirada llegaba el cantante á aquel pasaje que es poco mas ó menos como sigue:

Reina desgraciada, ah! que el dolor  
No despedace tu noble corazón.  
Aun te quedan amigos fieles.

Pero no bien comenzó Clairval la estrofa, cuando estalló la voz de Santerre:

—Parad esa canción. No queremos oírla.

—Y no queremos oírla, repitieron centenares de voces mas ó menos broncas en todos los ángulos del teatro.

—¡ Pobre Gluck! dijo para sí María Antonieta. Porque me odian, no quieren oír ni tus notas divinas.

A no haber habido quien contradijera las palabras de Santerre, quizás habría concluido el aria; pero los realistas imprudentes pidieron su continuación, por lo mismo que los demagogos querían que se prescindiera de ella; de cuyas resultas se armó nueva vocería, hasta que Marat, con su voz de chicharra, gritó:

—En nombre del pueblo soberano, se prohíbe el canto de esa aria. Clairval, silencio!

Esto lo dijo de pié en el sillón de terciopelo que le servía de asiento, con los brazos en alto en dirección del tablado, aunque con los ojos vueltos al régio palco.

Alarmada María Antonieta, volvió el rostro hácia el punto de donde venía aquella voz extraña y desahogada y se encontró con los ojos escrutadores del tribuno del pueblo, que la medían de piés á cabeza, con aire siniestro y despreciativo.

—¡ Ah! Dios mio! exclamó ella como espantada. Ese no es hombre, es el espíritu maligno que acaba de escapar del infierno y se ha apoderado del asiento de mi querida y dulce Lamballe. El ángel se ha ido, y el demonio ha ocupado su lugar.

—¡ Viva Marat! tronó entonces la voz del cerbecero Santerre.

—Viva! Por siempre viva el amigo del pueblo, el gran patriota! repitieron en coro infernal los camaradas del tribuno.

Este, entre tanto, saludando para todas partes, saltó al suelo y se arrellanó de nuevo en el sillón.

Clairval, pálido, confundido, aterrorizado dejó de cantar y se retiró por detras del primer bastidor, y se empezó la siguiente pieza.

Volvió á reinar la calma, y sin novedad se ejecutaron varias escenas y aun actos. Pero duró poco la tregua; porque tocándole cantar á madama Dugazont, ella que era una realista acérrima, se propuso proporcionarle un instante de triunfo á la reina, y mostrar que no le temía, como Clairval, á los gritos despóticos de la plebe. En su carácter de compañera de Alceste, debía recitar un verso que decía así: ¡ Ah! cuánto amo la reina! qué cariño siento por mi ama!

Para ello se adelantó hasta las mismas candelillas, y clavando los ojos en el real palco, cantó con inimitable expresión: ¡ Ah! cuánto amo la reina! qué cariño siento por mi ama!

La provocación era patente. Se puede decir que desde aquel punto no hubo mas canto, ni mas ópera; todo se volvió grito, confusión y ruido; ante el cual dejó de oírse la música y la voz de los cantantes. La mayor parte de los hombres se pusieron en pié, y decían los unos: No mas reinas! fuera los amos y amas! Los otros replicaban: Viva la reina! Guarde Dios muchos años á nuestra querida ama! Los que no gritaban en este ni en aquel sentido, silbaban, daban ruidosas carcajadas, reías patadas en el piso de tablas y de todos modos y maneras contribuían al aumento del ruido y del desorden.

Nunca como en esta sazón pareció inminente un rompimiento entre los amigos y los enemigos de la reina. Solo faltaba que se fueran á las manos y empezara á correr la sangre. Así lo juzgó María Antonieta y cada vez se arrepintió mas de haber venido al teatro y probado si el número de los que aun la amaban superaba al de los que la odiaban de muerte. Comprendió además que la imprudencia de sus propios amigos, era lo que ponía en peor condición su suerte adversa.

Y como para hacerle apurar hasta las heces la copa de amargura, volvió á resonar la voz chillona de Marat, diciendo en el tono imperioso y breve que le era peculiar:

— Tiene razon el pueblo de París. Nosotros no queremos reina, sobre todo, no necesitamos ama. Solo los esclavos reconocen amos. Si la Dugazont repite la letra se le castigará como se castiga á los esclavos, es decir, azotándola. "Y por lo que toca á la Austriaca, en caso que vuelva aquí con aire de mártir para inspirar simpatía en el corazón de los miserables que aun se humillan delante del trono, que se guarde, porque estamos dispuestos á tratarla como se merece. Con látigo en mano la harémos salir del palco."

Indignada ella, llena de cólera, olvidándose de quien era y donde se hallaba, se levantó y corrió al frente del palco, en ánimo de hablar, y defenderse ó hacer callar á aquel monstruo en forma humana que se daba tales aires y pa-

recia dominar las masas, como se domina un rebaño de carneros. Pero en el momento de abrir los labios se oyó una voz dulce y penetrante que decía:

— Callad, ciudadano Marat, callad. Quien quiera que insulta á una mujer, sea reina ó portidiosa, se deshonor, deshonor á su madre, á su esposa y á su hija. Apelo á vosotros, ciudadanos presentes, apelo á los hombres libres, para que tomen la parte de una mujer indefensa á quien osa insultar el ciudadano Marat. Todos los que teneis esposas, considerad que mañana tendreis hijas. Defended el honor de la mujer. No permitid que la degraden en vuestra presencia. El ciudadano Marat ha insultado á esta mujer, protejámosla, démosle la satisfacción que merece. Gritad conmigo: — Viva la reina Viva María Antonieta!

Y arrastrado el auditorio por el timbre argentino de aquella voz y por la elocuencia del orador, que era un jóven en la flor de la edad, hermoso y de tan elegante porte como de bella persona, si ántes gritó con fuerza: Bravo! Viva Marat! ahora gritó con doble entusiasmo: Viva la reina! Dios guarde á María Antonieta!

No conoció límites la rabia del tribuno, al ver desconcertado su plan y por aquel boquirubio, envuelto en esencias y blanco el cabello de polvo. Dirigiéndose para él y sacudiendo el dedo índice dijo con ira reconcentrada:

— Ya sabia yo que Barnave era un traidor. Lo tendré presente. Barnave la pagará algun dia.

María Antonieta al oír aquel nombre, volvió á fijarle la atención y reconoció en su improvisado defensor, al diputado de la Asamblea Nacional que junto con Petion la había acompañado en el coche desde Varennes á París. Recordó entonces lo mucho que él había simpatizado con ella, las deferencias que le guardó en todo el viaje, sus finas atenciones con el rey, con madama Isabel y hasta con la aya del delfín, sobre todo, los cariños y amables conversaciones que tuvo con este último. Esas cosas no las olvida jamas una madre amorosa.

Ella estaba en pié, cuando el jóven Barnave empezó su discurso, y así se quedó hasta el fin. A tiempo que estallaron los vivas, María Antonieta, sin embargo, se asomó todavía para darle las gracias al pueblo con una inclinación de cabeza, y especialmente para agradecer como debía con una sonrisa celestial al noble orador, la generosa defensa que de ella había hecho como mujer y como reina. Puso en esta demostración de gratitud el mayor dismulo, porque harto sabia que bastaba que ella distinguiese á cualquiera, para perderle en el ánimo de la canalla.

En seguida, aprovechándose del tumulto y el vocerío del teatro, hizo seña á la señorita Bugois que la siguiera y con esta y los dos oficiales de la Guardia nacional que la custodiaban, salió del palco al corredor y luego tomó la escalera privada en dirección del carruaje que la esperaba en la calle. Pero en todo ese trayecto encontró mil dificultades. Corredor, escalera y calle estaban llenas de gentes, deseosas unas de ver á la reina, otras de penetrar en el teatro, la mayor parte atraída por la novedad y el alboroto. El pasaje, aunque corto, hubo que hacerse despacio, ya pidiendo paso franco en tono de súplica, ya empujando á un lado y otro

á la apiñada y curiosa multitud. El oficio desagradable de batidor lo desempeñaron en aquel caso los oficiales de la Guardia, tras los cuales seguía la reina, erguida, serena y grave, indiferente así á los aplausos, como á las maldiciones y dicerios de dentro y fuera del teatro.

Al fin alcanzó ella el coche y pudo sentarse y descansar de la fatiga en los muelles cojines de seda. Allí á oscuras y casi á solas, si bien por corto tiempo, logró entregarse á sus pensamientos tristes, buscando desahogo en las lágrimas. Enjugólas luego y procuró aparecer otra vez serena, porque pronto paró el coche á las puertas del palacio de las Tullerías, lúgubre y silenciosa prision de la familia real.

Abierta la portezuela, desmontó en medio de dos filas de soldados nacionales y de varios oficiales de la Guardia, quienes la escoltaron hasta sus aposentos. Se apeó y en silencio subió la escalinata. Nadie salió á recibirla. Como reina constitucional había tenido que despedir sus fieles y probados servidores y que tomar otros, con la aprobación de la Asamblea Nacional, los cuales obraban mas como espías y enemigos de ella, que como criados. Estos se hallaban en la sala. Cuando María Antonietta entró allí, ellos se pusieron en pié; pero ella no les hizo caso y pasó á su sala privada.

Un estrecho corredor servía de comunicación entre los aposentos de la reina y los del rey; pero las puertas que daban á él respectivamente, estaban siempre cerradas y vigiladas. Y cuando quiera que el monarca pasaba á ver á su esposa, el centinela se seguía y á la puerta oía toda palabra de su conversacion con ella.

La reina, sin ser poderosa á ocultar su desazon se hallaba sentado el oficial de guardia, con los ojos fijos en el interior, cual si temiese que esa infortunada mujer intentaba escaparse ó celebrar comunicacion secreta con sus amigos por el piso, las paredes ó el techo. Haciendo un esfuerzo supremo consiguió ella reprimir la palabra de cólera que ya le hacia temblar los labios y se ocultó detras del biombo para que las camareras le quitasen la ropa del teatro y le pusieran la de dormir. Entonces las despidió y asomando la cabeza por un lado del biombo, dijo alto, cosa que la oyese el oficial de guardia: Estoy cansada; deseo el reposo.

Surtió el efecto apetecido el aviso, porque no bien lo anunció ella, cuando se levantó el oficial y dijo á los centinelas de la puerta que por ese se había retirado la reina á dormir era innecesaria la vigilancia del corredor oscuro; que esto estaba en consonancia con los deseos de la Asamblea, la cual se ocupaba seriamente de aligerar en cuanto fuese posible el servicio de la Guardia nacional; y que, en tanto cuanto la reina durmiese dos ojos bastaban para vigilarla.

Con esto los soldados se retiraron de la antesala y el oficial volvió á su puesto frente de la puerta de la alcoba. Mas en vez de sentarse en el sillón, se encaminó derecho á la cama de la reina.

Esta, que no se había dormido aun, se alarmó grandemente y extendió la mano para tocar la campanilla que había en un velador inmediato.

—Tranquilizaos, señora, no hagais ruido, por el cielo bendito; le dijo el oficial. Miradme

á la cara, mi respetada reina; agregó arrodillándose. Soy Toulan, criado fiel de V. M. ¿No se acuerda de mí V. M.? Hé aquí una carta de mi protectora madama de Campan. ¿Se digna V. M. leerla?

La reina pasó la vista con rapidez por el papel y volviéndose con dulce sonrisa para el oficial que continuaba de rodillas y en su desgracia la rendía el homenaje debido á la majestad, le dijo:

—Levantaos, señor Toulan. El trono yace en el polvo, mi corona está rota, y no merece que nadie se le arrodille delante.

—Señora, eso no quita que yo vea todavía dos coronas en la noble cabeza de V. M., la corona de la reina y la corona de la desgracia. A ambas he consagrado mi vida y en su servicio estoy dispuesto á morir. Cierto es que poco puedo hacer por V. M.; pero eso poco lo hare siempre con amor y fidelidad. Gracias al odio que aparento hácia la monarquía y á mi acérrimo jacobinismo, mi nombre se ha puesto en la lista de los oficiales que darán guardia á V. M. y así me hallará aquí una vez á la semana

—Y queréis hacerme el favor de colocar de modo vuestro sillón, que al ménos durante la noche, no me quede dormida pensando en que me vigilan?

—Eso no es posible, augusta señora, dijo Toulan conmovido. Para servir mejor á V. M., es fuerza que cumpla al pié de la letra con mi consigna. Mi sillón no ha de moverse. Me ocurre, sin embargo, que quizás prefiera V. M. convertir la noche en día, en la seguridad de que nadie vendrá á molestarla.

—¿Qué queréis decir? preguntó María Antonietta vislumbrando el punto á donde vendría á parar el oficial de la Guardia ciudadana.

—Quiero decir, prosiguió el joven militar, que como durante el día no puede conversar V. M. con su angustioso esposo, sino delante de testigos, tal vez prefiera verle de noche, cuando yo entro de guardia. Ya ha oído V. M. la orden de retirar los centinelas del corredor oscuro de parte de noche; por ahí sin ser vista, puede V. M., si le place, visitar á S. M. el rey, en su propia alcoba.

—Gracias, señor, dijo María Antonietta sin disimular su gozo, gracias os doy infinitas como esposa, que quizás llegue el día en que pueda dároslo como reina. Acepto vuestro magnánimo ofrecimiento. Sí, convertiré la noche en día, y gracias á vos, señor Toulan podré pasar algunas horas con mi marido y mis hijos sin estorbos. Y decid que estareis de guardia á menudo?

—No tan á menudo como deseara, augusta señora; una vez á la semana estaré á las órdenes de V. M.

—Ah! Ya he perdido el hábito de ordenar; dijo María Antonietta con visible pena. Veis que la reina de Francia es impotente ahora para el bien, no es del todo infortunada, sin embargo, pues aun le quedan amigos. Perteneceis vos á este número, y á fin de que ambos conservemos la memoria de este día, os llamaré mi amigo fiel.

Efectivamente, no era la reina del todo infortunada, porque todavía la quedaban amigos leales y verdaderos, entre otros, por ejemplo, la princesa Lamballe, quien, no obstante sus amonestaciones y ruegos, había vuelto á París, concluida su mision cerca del célebre Pitt, con

de de Chatham. Tan luego como supo que estaba á punto de volver de Londres le escribió María Antonietta, como sigue:—No vengas, mi cara amiga, en tan criticas circunstancias. Por lo mismo que creo que tú eres mi mas tierna y leal amiga no deseo que vengas. Quédate allá, te lo ruego, en nombre de nuestra dulce amistad. Solo con la muerte dejaré de ser toda tuya de corazón.

MARÍA ANTONIETA.

De nada valieron estas representaciones y súplicas; la linda princesa cruzó el canal de la Mancha y corrió á París al lado de su cara y real amiga, como si dijéramos, á la boca del tigre, sediento de sangre noble.

El delin, por su edad y su educacion, no tenia sospecha de los pesares y desgracias que amenazaban á sus padres y á él mismo. Este hermoso niño crecía en las Tullerías, que no era otra cosa que el sepulcro de la antigua gloria monárquica, como crecen y florecen ciertas flores en los cementerios. No obstante, para aquel oscuro y lúgubre palacio la presencia del príncipe era rayo de sol y de alegría, que se reflejaba en el rostro de María Antonietta, cada vez que sus ojos tropezaban con los suyos tiernos y radiosos.

Tras el primer desfogue de la rabia popular, por grados fueron aflojando las ligaduras que impedían el franco movimiento de los reyes. Poco á poco les permitieron vivir á sus anchas en aposentos aparte y abrigados; y luego bajar a los jardines, aunque todavía protegidos por la Guardia nacional. Pudieron asimismo cerrar las puertas de sus aposentos, cada y cuando lo creyesen conveniente, aunque jamas se retiraron los centinelas de vista.

Por un cierto tiempo del año de 1791, hasta llegó á creerse que se calmaría el espíritu revolucionario, y que se restablecería el trono con parte de su antigua dignidad. Entre el rey y la Asamblea Nacional, se había efectuado una especie de transaccion, que resultó despues un mero armisticio, jurando él la constitucion que ese cuerpo había formado.

Pero por parte de Luis XVI no hubo sinceridad al aceptar y jurar la constitucion, pues es sabido que de vuelta en el palacio, se dejó caer en una silla y llorando como un niño dijo á María Antonietta: "Todo se ha perdido: Ah! señora! y habéis sido testigo de tanta humillacion! Y estabais desinada á venir á Francia para ver..." Por parte de los caudillos de la revolucion no se había alcanzado sino á medias el objeto de esta, con la constitucion y su aceptacion y juramento por el monarca: sin el derribo del trono y la muerte de la monarquía, creían inútil todo lo hecho.

Sea de esto lo que se fuere, lo cierto es que el pueblo pareció por algun tiempo complacido con el rey y dispuesto á entrar en mas amigables relaciones con la familia real. Ya no insultaban á la reina con gritos desapacibles cuando sucedía que ella se presentaba en los jardines de las Tullerías ó el bosque de Bolofia, hasta se hizo de moda hablar del delin como un dechado de gracia y de belleza, yendo mucha gente á verle trabajar en su jardincito particular.

Este se hallaba á inmediaciones del palacio, el extremo del terrado por la parte del rio. Le rodeaba una alta cerca de alambres, é inmediatamente á él se veía el pabelloncito donde moraba el abad D'Arcourt, ayo del delin. El primero jar-

dín en que este aprendió nociones de floricultura, estaba en Versailles. Allí desempeñó él todas las manipulaciones desde la preparacion del terreno, hasta la recoleccion de las flores; con las cuales hacia todas las mañanas un lindo ramillete, que radiante de alegría presentaba á su madre.

En recompensa del jardincito abandonado con sentimiento en Versailles, se le permitió cultivar en las Tullerías; y allí podia versele todas las mañanas, despues de sus horas de clase, aporcando la tierra con una hazada pequeña; plantando ó regando las flores. El jardín, de entónces acá ha cambiado mucho: sobre haberle extendido y trazado bajo diferente plan, le han rodeado de cerca mas alta que la primera; con todo eso aun se conoce por el jardín del delin Luis Carlos, y es el mismo que subsecuentemente regaló Napoleon al rey de Roma, que Carlos X dió al duque de Bordeaux y Luis Felipe al conde de Paris. ¿Cuántos recuerdos no se agrupan en torno de ese pedacito de tierra, abandonado siempre prematuramente por sus jóvenes poseedores! El uno murió en prision escasamente de diez años de edad; el otro, mas joven aun, fué arrebatado por la tempestad á tierra extraña y solo vivió para oír hablar de su padre y ver su daga antes de morir. El tercero y cuarto, lanzados fuera del suelo natal por el huracan político, como los dos primeros, llevan todavía el bordon del peregrino en Austria é Inglaterra. Y muchas como son las lágrimas con que estos hijos riegan su propia suerte, muchas mas son las que deben derramar á la memoria de sus padres. El uno murió en el cadalso, el otro bajo el puñal del asesino, el otro de una caída en un camino público, y el último, el mas grande de todos, atado á una roca, como Prometeo, acabó sus dias de tristeza.

Cuando el delin iba á su jardín, solia acompañarle un piquete de la Guardia nacional, de faccion en las Tullerías, y como entónces recibía instrucciones en el manejo de las armas, vestía el un forme de la misma fuerza ciudadana. Fué por corto tiempo la delicia de los Parisienses este guardia nacional de seis años. Su retrato se veía, en todas las tiendas, en los abanicos y en las sortijas de las señoras. Cuando era numerosa la comita, el príncipe tomaba un fusil y entraba en las filas.

Tal era el entusiasmo que inspiraba el delin, que los muchachos de Paris se perecían por ser soldados y que él los mandase. En efecto, bien pronto se formó un regimiento de ellos, bajo ese nombre, cuyo equipo costearon los padres de los mismos, todo con la aprobacion del rey.

Al fin pudo marchar y hacer parada delante del palacio de las Tullerías. El príncipe estaba en su jardín y despues de la revista, dió flores á soldados y oficiales, uno de los que, cuadrándose y haciendo el saludo de ordenanza, dijo:

—¿Se dignaria V. A. de ser nuestro coronel?

—Mucho que sí; contestó el chico encantado.

—Entónces V. A. debe dar de manos á las flores para su mamá; observó otro de los oficiales.

—Ah! repuso el delin sonriendo, eso no impide que yo cuide de mis flores. Muchos de estos caballeritos tienen jardines, segun me han dicho; de manera que si siguen el ejemplo de su coronel y aman á la reina, mamá recibirá todos los dias regimientos de flores.

El regimiento del Delfín, compuesto en su mayor parte de los hijos de las familias de mas elevada posición de París, deseaba ardientemente darle á su coronel una muestra de su cariño; y un día la oficialidad se presentó en las Tullerías y pidió venia al rey para hacerle un regalo, en nombre de todos sus camaradas. Concedido el permiso de buena voluntad, se le dió aviso al delfín, el cual enterado del objeto de la visita de sus compañeros, contestó que á él le bastaba el placer de verlos y obsequiarlos.

—Esperamos, mi coronel, que no se negará á aceptar nuestro regalo.

—De ninguna manera, porque mi papá el rey dice que no le está prohibido al coronel aceptar dones de su regimiento.

—Mi coronel, dijo entonces uno de los oficiales llamado Palloy, os traemos un juego de dominó, que está hecho con las ruinas de la Bastilla solamente.

Dicho lo cual descubrió una cajita de mármol blanco con filetes de oro y se la alargó al delfín, repitiendo la siguiente estrofa, de unos versos muy populares á la sazón en Francia:

De los horribles calabozos, terror de la Francia,  
Hé aquí los restos en dominós transformados:  
Puedan ellos sirviendo de juego á vuestra infancia,  
Del pueblo probaros su amor y su potencia.

En su inocencia y candidez infantil, no echó de ver el delfín, como tampoco los donantes, la ponzofia que encerraba aquel regalo. Léjos de eso, sobre manera le complació y prestó la mayor atención á la explicación que le hicieron del modo de jugar al dominó. Era todo de piedra, tomado de la repisa de la chimenea de mármol negro, que habia en la sala del gobernador de la Bastilla, á quien habia matado el pueblo. Al reverso de cada una de las piezas habia tallada una letra en oro, así que, una vez arreglados de canto y por orden en una mesa, se leía:—*Viva el rey, viva la reina y S. A. el delfín.* El mármol de la caja era tambien

de la losa del altar de la capilla. En el centro de la tapa habia una cara de relieve.

—Ese es mi papá el rey! exclamó el príncipe apenas la vió, porque la semejanza era completa.

—“Sí, prosiguió diciendo Palloy, cada uno de nosotros lleva esa imagen en su corazón. Y como el rey, esperamos que V. A. viva para la felicidad de todos y que sea igualmente el idolo de Francia. Nosotros, que seremos un día soldados y ciudadanos, os pagamos á vos, que entonces seréis nuestro comandante en jefe y rey, nuestro homenaje como futuros sostenedores del trono que vais á ocupar, y que la sabiduría de vuestro padre ha colocado bajo la égida inquebrantable de la ley. El don que ahora os ofrecemos es pequeño, pero le hace grande la circunstancia de que cada uno de nosotros agrega su corazón.”

—Yo tambien recibo el regalo como el mas precioso que pudiera hacerseme, repuso el delfín. Trataré de aprender para jugar dominó. ¿No jugarás tú conmigo algunas veces, mamá? agregó de pronto volviéndose para la reina, cuya mano besó con ternura.

—Sí, hijo mio, jugarémos á los dominós; contestó ella con visible embarazo.

Se contuvo cuanto le fué dado, dió las gracias á los jóvenes por la fineza que habian presentado á su hijo, y luego que ellos se retiraron en compañía del rey y del delfín, se volvió para madama Tourzel y le dijo casi con horror:

—Llevaos eso, pronto, llevaos esa cajita. Ella es un recuerdo terrible de lo pasado, una horrible profecía del futuro. Ahí yacen las piedras de la Bastilla que el pueblo arrasó, y la caja misma parece ni mas ni menos un sarcófago, que para mas fatalidad lleva en su tapa la efigie del rey. ¡Ay! de nosotros desgraciados, que no podemos recibir los dones del amor, sin que vengan cargados con las memorias del odio, que no podemos tener goces sino están mezclados con los pesares!

## LIBRO CUARTO.

### CAPÍTULO XIX.

JUNIO 20 Y AGOSTO 10 DE 1792.

Hemos dicho ya que no habia sido sino un armisticio, la aparente reconciliación efectuada entre el pueblo y los reyes, cuando Luis aceptó y juró la constitucion. Laguerrarompió de nuevo, tal vez con mas furor, porque las armas Francesas habian experimentado algunos reveses en las fronteras del norte y se atribuyeron á traición é intrigas de los nobles y los emigrados, alentados por los prisioneros de las Tullerías.

Llegaron á ser intolerables la insolencia y los desmanes de la plebe, de modo tal, que Maria Antonieta tuvo por mejor acuerdo suspender sus salidas del palacio. Lo mismo hizo al fin el rey, á quien empezaba á perderse el respeto, y hasta al delfín hubo que prohibirle entretenerse en su jardincito, por temor de que las amenazas pasaran á violencias personales. Con sus incendiarias aren-

gas contra los realistas habian logrado los caudillos de la revolucion hacerse temer y sobre todo extinguir el resto del cariño que aun abrigaba en el pecho el pueblo hácia la monarquía.

Por sentado, duró poco el regimiento del Delfín; se desbandó antes de concluir el año de 91, siendo así que hasta aproximarse al príncipe para saludarle y mostrarle deferencia, no como hijo del rey, sino como niño, se tenia por delito grave. En las pocas veces que ya salia al jardín, en union de su ayo, siempre habia miradas del pueblo bajo, que ó le seguian con miradas sañudas, ó le decian improperios contra sus padres. En cierta ocasion era un grupo de mujeres las que apiñadas á las rejas, se burlaban de la reina, solo por mortificar al delfín. Indignado este, se volvió de repente para ellas y dijo:

—Mentís, mentís con descaro. Mi mamá es una mala mujer, ni odia ella al pueblo. Mi mamá la reina es tan buena, tan...

Y no pudo continuar porque el dolor y la indignación ahogaron la voz en su garganta y solo pudo llorar. Avergonzado de esta muestra de debilidad, se alejó de allí á toda carrera en dirección del palacio, seguido del abad D'A.court, que apenas podia darle alcance. Llorando y sollozando todavia el niño pasó por el corredor, pero al llegar á la escalinata que conducia á los aposentos de la reina, se detuvo y se enjugó los ojos.

—No lloraré mas, dijo, daria sentimiento á mamá. Os ruego, abad, que no la digais nada. Trataré de parecer animado y alegre delante de ella, porque así es cómo le gusta verme. A veces cuando está mamá afligida, yo hago que no lo noto, y r'o, canto y salto hasta que se le pasa la tristeza y se sonrie. ¿Se conoce que he llorado?

—No, príncipe mio, ni un tantico; repuso el abad hondamente conmovido al contemplar los grandes ojos azules del niño que le miraban con ternura.

En efecto, mas tranquilizado el delfín continuó subiendo, empujó suavemente la puerta y medio oculto por la cortina de seda, preguntó en tono de chanza, si se le concedia licencia de ver á S. M. la reina.

Esta concedió el permiso y abrió los brazos para recibir á su hijo, quien á su vez la abrazó y la besó en los ojos y en los labios.

—Advierto que estás extraordinariamente cariñoso hoy, Luisito, le dijo Maria Antonieta. ¿Cuál es la causa de tamaña efusion?

—Proviene mi cariño extremado contigo hoy, mamá, de que no tengo que darte mas que besos, pues las flores de mi jardín se han marchitado, y ya no me gusta ni ir allá. Este beso, y este otro, y este son mi ramillete, mamá.

—Vamos, hijo mio, basta, mira que el abad te espera. Creo que ha llegado la hora de la clase. ¿Por dónde se principia hoy?

—Por la leccion de gramática, contestó el abad depositando el libro de texto sobre la mesa junto a la cual daba sus clases el delfín en presencia de su madre.

—La gramática? dijo el delfín. Me alegraria que fuese la historia. Me gusta la historia tanto como me disgusta la gramática.

—Nace de las muchas faltas que hace V. A., dijo el abad. Y sin duda que la gramática es muy difícil.

—Oh! No es por eso, dijo el niño poniéndose colorado. No me disgusta la gramática por difícil sino por tediosa.

—¿Va que es porque V. A. ha olvidado la leccion de ayer? Tratamos de los grados de comparación. Quizas no la recuerda V. A.

—“Os equivocais, repuso el delfín sonriendo. Y si no, escuchad. Si yo digo,—mi abad es bueno, ese es el positivo. Si digo que—mi abad es mejor que otro abad, este será el comparativo. Y si digo, continuó mirando á la reina con ternura,—Mi mamá es la mas querida y la mejor de las madres, este es el superlativo.” Deleitada de oír á su hijo la reina le estrechó en su seno y le bañó la dorada cabellera con lágrimas de gozo.

Al siguiente dia, á la hora del paseo, la reina fué al cuarto del delfín para saludarle antes de bajar al jardín.

—Mamá, le dijo él, te ruego me dejes estar aquí. El jardín ya no me causa placer.

—Por qué no, hijo mio? Qué te ha sucedido en él?

—Algo me ha sucedido querida mamá. Vuelven á verse malas caras por entre las verjas, me miran con ojos atravesados y hasta me dicen cosas muy feas. No quiero repetirte sus palabras sucias. Lo ménos que me dicen es que soy el hijo del panadero. Como yo no puedo contestarles, me aflijo y lloro. Así, mamá, prefiero quedarme en casa, y jugaré aqui con Bijou. Acá, Bijou, saluda á la reina como un granadero de verdad.

Y sonriendo cogió á su perrillo por las patas delanteras, le puso en alto y le amenazó con la mano derecha hasta que consiguió que se mantuviese erecto y con las garras dobladas con aire respetuoso.

Rióse la reina de ganas, mucho mas cuando el delfín, todavia amenazando al perrillo, corrió á la mesa, tomo de ella un gorro de papel que él habia hecho y pintado de listas rojas y se lo puso en la cabeza de su Bijou, diciéndole:—Señor Jacobino, firme. Salude V. á S. M. la reina.

Desde ese dia ni el pequeño delfín volvió á pasearse fuera de las puertas del palacio de las Tullerías.

A Maria Antonieta aun le restaba una fuente de consuelo, nos contraemos á su correspondencia con sus parientes, los soberanos de Europa y algunas de sus amigas emigradas. Siempre que se presentaba la ocasion, no la desechaba, de ponerle dos letras aunque fuese, en especial á la duquesa de Polignac. La historia ha conservado una de esas cartas, en que traza el cuadro fiel y enternecedor de los pesares y sinsabores que agobiaban á la reina en dicha época.

“No puedo ménos de aprovechar la ocasion de abrazarte, mi corazón, si bien debo hacerlo á la carrera, porque la oportunidad es pasajera y quizas no vuelve á presentarse. Te escribo unas cuantas líneas solamente, las cuales te las entregarán con un gran paquete. Estamos vigilados como criminales, vigilancia en verdad dura de sobrellevar. No tenemos de quien fiarnos, por donde quiera nos parece ver espías y enemigos, ni podemos asomarnos siquiera á las ventanas, sin que lleven insultos y dictorios sobre nuestras cabezas. Si son los niños, sacarlos al aire libre es exponerlos á sustos y ultrajes. ¿Qué situación la nuestra, mi dulce amiga! Y cuando pienses que no temo por mí sola, sino que tiemblo por el rey, por los pocos amigos que nos acompañan en nuestras tribulaciones, te convencerás que la carga se hace insoportable. Pero, como te he dicho otras veces, vosotros los ausentes, me inspirais aliento. Adios, alma mia, esperemos en Dios que lee en nuestras conciencias y sabe si nos ama ó no el amor mas verdadero por este país. Te abraza tu...

P. D.—Acaba de entrar el rey y desea agregar dos palabras.

“Lo único que os digo, duquesa, es que no la olvidamos, que sentimos recibir tan pocas cartas de vos, y que, ya cerca, ya distante, á vos y á los vuestros siempre los ama,—Luis.”

Efectivamente, no habia exageracion en la frase,—ni podemos siquiera asomarnos a las ventanas; pues aun léjos de ellas seguian á la reina las palabras insultantes. Sentada en el